

AMERICA CENTRAL COMO REGION GEOGRAFICA*

*Carolyn Hall
Departamento de Geografía
Universidad de Costa Rica*

Central America as a geographical region. Central America does not conform to traditional notions of formal or functional regions. Nevertheless, it constitutes a particular unit of study, distinct from Mexico to the north, the Antilles to the east and the Andean countries to the south. The author analyses four characteristics which justify considering the seven isthmian countries, (including Belize and Panama), as a geographical region: the counterpoint between bridge and isthmus; the ecological and cultural contrasts between the Pacific and Caribbean slopes; the persistence of spatial fragmentation; and the common roots of the current crisis. These characteristics are the result of historical processes which can be traced from the pre Columbian era to the present day.

América Central no se adecuaba a las nociones tradicionales de región geográfica. No constituye una región formal u homogénea excepto, talvez, por su condición de istmo; por lo demás, se caracteriza por una gran variedad, tanto en su geografía humana como en su geografía física. Entre los siglos XVI y XIX, los españoles intentaron crear una región funcional que abarcara la mayor parte de América Central en un solo sistema colonial; en la realidad, el Reino de Guatemala carecía de coherencia y las fuerzas centrífugas triunfaron con el reemplazo de la Federación Centroamericana por varias repúblicas independientes. El Mercado Común Centroamericano, que funciona desde 1960, no es sino un débil acercamiento hacia una nueva integración del istmo.

Ciertamente, América Central es un área fragmentada y diversa. Pero también posee una particularidad geográfica, cambiante y compleja, que la distingue de México al norte, de las Antillas al este y de los países andinos al sur, que justifica su estudio como región. La búsqueda de esta particularidad obliga a recorrer procesos históricos desde la época precolombina hasta nuestros días.

EL CONTRAPUNTO ENTRE PUENTE E ISTMO.

América Central es la única región en el mundo cuya posición es a la vez intercontinental e interoceánica (Fig.1). Desde el punto de vista geológico, se extiende desde el istmo de Tehuantepec en México meridional hasta el valle del Atrato en el extremo noroccidental de Colombia. El resto de México pertenece estructuralmente a Norte América, mientras al sur, se erige la cordillera suramericana de los Andes.

En términos paleogeográficos, la forma y posición de América Central son bastante recientes. Durante la mayor parte del Cretacio, los continentes de Norte y Sur América permanecieron separados por casi 3,000 kms. de mar, (una distancia mayor de la que actualmente separa el oeste de Africa del Brasil). América Central septentrional se componía de islas formadas de rocas intrusivas y sedimentarias. Con el levantamiento hacia finales del Cretacio, empezó a adquirir su configuración moderna. Hasta finales del Terciario, un mar de unos 1,300 kms. todavía separaba el norte de Nicaragua del norte de Colombia. En América Central meridional, apareció durante el Cretacio superior y Terciario inferior una cadena de islas volcánicas, similares a las actuales Antillas Menores. El puente terrestre, que une a Norte y Sur América y separa el Océano Pacífico del Mar Caribe y Océano Atlántico, no se consolidó sino hasta el Plioceno, hace tres o cuatro millones de años (1).

* Agradezco al Dr. Héctor Pérez Brignoli y Carlos Granados M.A. sus comentarios a una versión preliminar de este artículo. También reconozco la revisión del texto en castellano efectuada por la Licda. Yolanda Baires Martínez y el Dr. Héctor Pérez Brignoli y el dibujo de los mapas realizado por Alfredo Calderón.

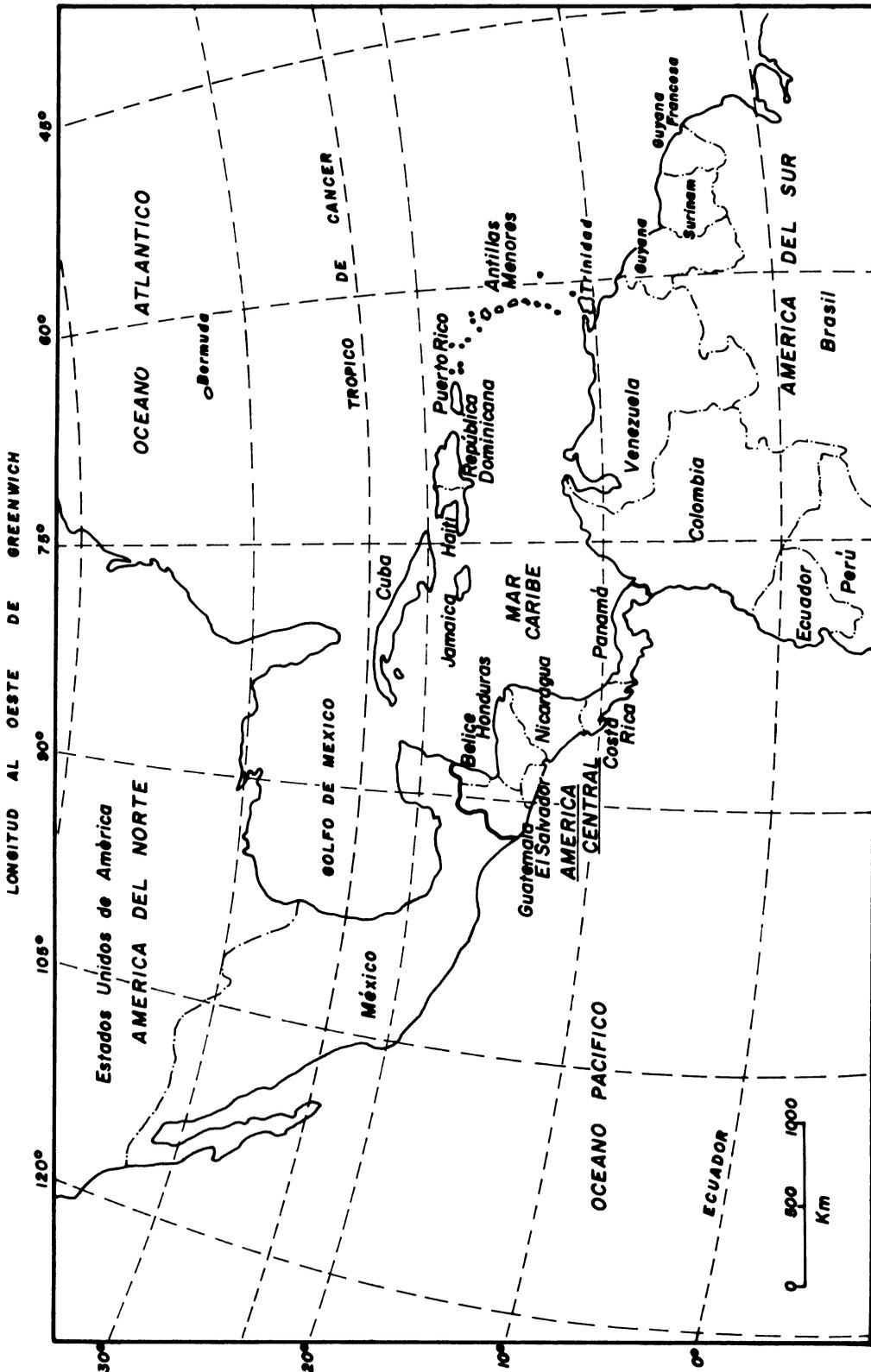


Fig.1 Posición de América Central

Su singular localización ha convertido a América Central en una encrucijada de rutas marítimas mundiales, y corredor entre las dos Américas grandes, (función que el archipiélago de las Antillas, puente parcialmente sumergida, difícilmente puede cumplir). No obstante, la topografía del istmo impone barreras al movimiento y privilegia ciertas rutas claves. Sobresalen las tierras montañosas, superiores a los 1,000 metros sobre el nivel del mar, con algunos picos de más de 3,500 metros (Fig.2). Las principales cordilleras son paralelas a las costas. En el norte del istmo, se orientan de oeste a este, en el sur, del noroeste al sureste. Existen solo tres rutas bajas a través del istmo: Tehuantepec; la ruta vía el Río San Juan, el Lago de Nicaragua y el istmo de Rivas; y el istmo de Panamá. Las llanuras litorales ofrecen las rutas más fáciles a lo largo del istmo.

En tiempos prehistóricos, prevaleció la función de puente. América Central fue escenario de la dispersión de plantas y animales, y de las migraciones humanas y la difusión cultural. "Ninguna parte del Nuevo Mundo", afirmó Carl Sauer, (2) "ha sido menos aislado o autosuficiente que América Central". Tanto la biogeografía como las culturas precolombinas del istmo se desarrollaron en estrecho contacto con las regiones adyacentes.

Por medio de América Central, se llevó a cabo el "Gran Intercambio Americano" de plantas y animales. Mientras existió un archipiélago entre Norte y Sur América, la dispersión fue limitada. Aumentó una vez consolidado el puente terrestre, modificando la composición de la flora y la fauna de casi todo el hemisferio. En América Central, localizada enteramente dentro de latitudes tropicales, llegaron a predominar plantas y animales de procedencia suramericana. Por esta razón, el istmo se incluye generalmente dentro de la Zona Neotropical. Constituye, sin embargo, una región biogeográfica transicional, donde la proporción de especies suramericanas disminuye hacia el norte, y la importancia de especies norteamericanas decrece hacia el sur. Las selvas de las llanuras del Caribe y Pacífico Sur son continuaciones de las del norte de Sur América, y contienen una flora y fauna similar (3). En cambio, el relativo aislamiento de las dos principales zonas de montañas —una en Guatemala, Honduras y el norte de Nicaragua y la otra en Costa Rica y el oeste de Panamá— favoreció la evolución de especies endémicas y detuvo la dispersión. Los pinos no se encuentran al sur de Nicaragua. En la Cordillera de Talamanca, en el sur de Costa Rica, los robles de origen norteamericano se

entremezclan con coníferas de procedencia suramericana. Por encima del nivel de los árboles, las plantas herbáceas en Guatemala se asemejan a las de México y los Estados Unidos, mientras que en la Cordillera de Talamanca, se encuentra una extensión del páramo andino. La combinación de especies norteamericanas, suramericanas y endémicas produce en América Central una flora y una fauna mucho más ricas que en cualquier otra parte del hemisferio occidental con una extensión similar.

Existe amplio consenso en cuanto a que el poblamiento humano inicial de las Américas se originó en migraciones provenientes de Asia via el Estrecho de Bering, (probablemente convertido en puente terrestre durante las glaciaciones del Pleistoceno). América Central sirvió de corredor para el traslado de Norte a Sur América por lo menos hace 10-12,000 años, y talvez mucho más temprano (4). Los primeros pobladores portaron una cultura rudimentaria. Paulatinamente, se desarrollaron dos complejos agrícolas. Uno, basado en el cultivo de tubérculos como la yuca, y otras plantas de reproducción por esquejes, probablemente se originó en los bosques tropicales del norte de Sur América. El otro, cuyos elementos principales fueron el maíz, el frijol y otros cultivos reproducidos mediante la siembra de semillas, se desarrolló en el Perú, y en una área que probablemente se extendió desde el centro de México hasta Guatemala. Sobre estos cimientos, se construyeron las grandes civilizaciones urbanas de los Andes Centrales y Mesoamérica. Con excepción del extremo norte de América Central, las culturas del istmo evolucionaron principalmente por medio del contacto y la difusión. La zona mesoamericana se amplió hasta abarcar Guatemala, Belice y El Salvador, el oeste de Honduras y Nicaragua, y la península de Nicoya en Costa Rica (Fig.3). El resto del istmo perteneció a lo que los arqueólogos denominan el Área Intermedia, crisol cultural donde predominaban rasgos suramericanos, incluyendo lenguas de la familia Chibcha y patrones de uso del suelo derivados del complejo agrícola de las selvas tropicales. Todo el puente centroamericano ocupó una posición clave para el comercio entre las distintas áreas culturales (5).

Con la incorporación de América Central a la economía mundial a partir del siglo XVI, su posición interoceánica cobró gran relevancia. Tan pronto como los españoles se dieron cuenta que habían descubierto un nuevo continente y un nuevo océano, empezaron a buscar una ruta que vinculara el Atlántico y el Caribe con el Océano Pacífico.

co. Sus esperanzas de encontrar una vía marítima a través del centro de las Américas se reflejaron en nombres como el Estrecho Dudoso para el Golfo de Nicoya y el Desaguadero del Río San Juan. Una vez aclarado que la única vía marítima se localizaba a través del Cabo de Hornos, en el extremo sur del hemisferio, los españoles habilitaron la ruta terrestre más corta entre el Caribe y el Pacífico, a través del istmo de Panamá. Durante la época colonial, esta fue la salida principal hacia España de la plata extraída de los Andes. El comercio y transporte de Panamá repercutieron sobre las economías coloniales situadas al norte: Costa Rica, Nicaragua y Honduras proveían mulas para las recuas que atravesaban el istmo, y víveres para la población dedicada al comercio y la navegación. En varias ocasiones, los centroamericanos intentaron desviar el lucrativo comercio peruano, y aun el comercio transpacífico con las Filipinas, desde Panamá hacia otras rutas interoceánicas, pero todas resultaban demasiado largas y dificultosas (6).

A mediados del siglo diecinueve, después de la independencia política, la ruta a través de Nicaragua fue habilitada brevemente para facilitar el transporte entre el este de los Estados Unidos y California, donde se descubrió el oro en 1848. La Vía del Tránsito, inaugurada por el empresario norteamericano, Cornelius Vanderbilt, combinaba el transporte en barco por el Río San Juan y el Lago de Nicaragua con un corto recorrido terrestre entre Granada y Realejo (7). Mas la apertura de ferrocarriles interoceánicos en Panamá en 1855 y los Estados Unidos en 1868 pronto le dió el golpe de gracia, y cayó en completo abandono.

Panamá siguió siendo el más importante cruce interoceánico en América Central, pero los barcos todavía tenían que circumnavegar el Cabo de Hornos. La construcción de un canal transistmico, soñada por los españoles desde principios de la época colonial, se convirtió en apremiante necesidad conforme aumentaba el volumen del comercio internacional en el siglo XIX. El francés, Ferdinand de Lesseps, cuyo Canal de Suez, abierto en 1869, había transformado el transporte marítimo del Viejo Mundo, intentó en la década de 1880 construir un canal a través de Panamá, pero no pudo superar ni los problemas técnicos de excavarlo al nivel del mar, ni las enfermedades tropicales que mataron a miles de trabajadores. Finalmente, entre 1907 y 1914, los Estados Unidos construyeron un canal con seis esclusas que cruza la divisoria continental en las aguas dulces del Lago de Gatún, a casi 26 metros encima del nivel del mar. Esa empresa tam-

bién cobró muchas vidas, aunque la mortalidad disminuyó conforme se lograba el control de la malaria y la fiebre amarilla (8). En la actualidad, el tráfico canalero sufre una seria congestión y los barcos más grandes no caben en las esclusas. Se investiga la posibilidad de resolver estos problemas mediante la construcción de un nuevo canal al nivel del mar. Este, sin embargo, tendría importantes, y talvez catastróficas consecuencias ecológicas, al reconectar las aguas saladas del Caribe y el Pacífico por primera vez en más de tres millones de años (9).

La construcción primero de ferrocarriles y luego de carreteras abrió una serie de nuevas rutas entre el Caribe y el Pacífico las cuales, aunque son utilizadas principalmente para el tráfico local y el transporte de las importaciones y exportaciones centroamericanas, también imprimen una orientación interoceánica sobre la organización espacial de varios países del istmo (Fig.2). Los ferrocarriles y carreteras que atraviesan a Guatemala de costa a costa, aprovechando la ruta del valle del Motagua, también proporcionan una salida hacia el Caribe para El Salvador. En Honduras, Puerto Cortés en el Caribe se une por carretera con el Golfo de Fonseca en el Pacífico. Ferrocarriles y carreteras cruzan Costa Rica entre Puntarenas y Limón, pasando por el Valle Central. En todos estos países, al igual que en Panamá, los corredores interoceánicos constituyen ejes de desarrollo socio-económico. Solo Nicaragua, a pesar de contener una de las pocas rutas bajas a través del istmo, carece de una moderna vía terrestre entre el Pacífico y el Caribe.

Desde el siglo XVI, el istmo centroamericano ha eclipsado el puente. La Audiencia de Guatemala, desde Chiapas en el norte hasta Costa Rica en el sur, solo contaba con un camino de mulas que la unía, a lo largo de la vertiente pacífica, con México y Panamá. El estado de este Camino Real era tan deplorable, que el viaje entre Guatemala y Panamá duraba varias semanas. Los proyectos para construir un ferrocarril a lo largo del istmo nunca tuvieron realización efectiva. No fue sino hasta la segunda mitad del siglo XX que la Carretera Interamericana une a todos los países centroamericanos, salvo Belice, y vincula el istmo con México, los Estados Unidos y Canadá. América Central y América del Sur, sin embargo, permanecen separadas por las selvas impenetrables de la península del Darién, en el este de Panamá, hoy la única brecha en la carretera que atraviesa el hemisferio desde Alaska a Chile. El transporte aéreo refuerza la comunicación terrestre a lo largo del puente centroamericano, pero resulta demasiado caro no sola-

mente para la carga, sino también para la mayoría de los habitantes de la región.

Paradójicamente, el mayor interés estadounidense en la construcción de la Carretera Interamericana en América Central fue salvaguardar su acceso a, y control sobre, el Canal de Panamá. Para todas las potencias extranjeras, la principal significación de América Central ha sido su posición interoceánica. El comercio español a través del istmo de Panamá superaba en valor la producción entera de la audiencia de Guatemala para la exportación a la metrópoli. Los ingleses, una vez que se habían apoderado en el siglo XVII, de Jamaica y algunas de las Antillas Menores, asediaban las españolas con la esperanza de controlar una ruta a través del istmo. Doscientos años después, Gran Bretaña, (en aquel tiempo más preocupada con el control de las rutas hacia su imperio alrededor del Océano Índico), cedió ante los Estados Unidos, convertido, desde entonces, en potencia hegemónica en América Central. Fué precisamente en los dos países donde son posibles rutas interoceánicas bajas que más intervino el gigante del norte. Panamá, otrora la frontera septentrional de América del Sur, se convirtió, con el establecimiento de la soberanía estadounidense sobre la Zona del Canal, en 1903, en la frontera meridional de América del Norte. Nicaragua, potencialmente una ruta alternativa para un canal interoceánico, fué ocupada por los Estados Unidos de 1912 a 1933. Panamá recuperó la soberanía sobre la Zona del Canal en 1977, pero los Estados Unidos mantienen en este país, al igual que en varias islas del Caribe, una guarnición para defender un cruce que es estratégico desde un punto de vista tanto económico como militar.

EL DESARROLLO DE VERTIENTES CONTRASTANTES.

Las cordilleras que forman una espina dorsal a lo largo de casi todo el puente centroamericano, encauzando el movimiento transísmico hacia unos pocos pasos interoceánicos, también reparten la región entre dos vertientes. Max Sorre, en su tomo de la célebre "*Géographie Universelle*" de la escuela clásica de la geografía francesa, reconoció que este constituye uno de los rasgos más sobresalientes de América Central. "Hay por lo menos un contraste muy general... Se reproduce de un extremo a otro de América Central: es aquello entre las vertientes atlánticas y las vertientes pacíficas. Este contraste es profundo: se manifiesta no solamente

en el clima y en la vida humana: está inscrito en las líneas mismas del diseño geográfico" (10).

En la fachada pacífica, los cerros y montañas llegan casi hasta el océano, dejando solamente una angosta y fragmentada llanura litoral. Una cadena de volcanes cuaternarios se extiende desde Guatemala hasta el oeste de Panamá, cubriendo mucho de la vertiente pacífica con suelos excepcionalmente fértiles. Pero esta vertiente, la más cercana a la zona de subducción de la Placa de Cocos debajo de la Placa del Caribe a lo largo de la Fosa Mesoamericana, es también la más expuesta a terremotos y erupciones volcánicas, las cuales han causado repetidamente gran destrucción y pérdida de vidas. Sobre la vertiente caribea, en cambio, hay extensas llanuras litorales en el Petén de Guatemala, la Mosquitia del este de Honduras y Nicaragua, la zona norte de Costa Rica y la parte central de Panamá. Con excepción de los depósitos aluviales cerca de los ríos, predominan suelos lateríticos que se agotan rápidamente si los sistemas de cultivo no simulan el bosque natural.

La ubicación de las cordilleras perpendicular a los principales sistemas atmosféricos crea una clara distinción climática entre las dos vertientes (Fig.4). La del Caribe, bajo la influencia casi continua de los alisios nororientales, recibe abundante precipitación durante la mayor parte del año. Sobre algunas pendientes del barlovento, donde se añade el efecto orográfico, la precipitación promedio anual sobrepasa los 6,000 mms. Las costas de Honduras, Guatemala y Belice sufren periódicamente devastadores huracanes procedentes del Caribe. La vertiente del Pacífico, por el contrario, al sotovento de los alisios, tiene una estación seca desde noviembre a mayo, durante el invierno boreal; las lluvias se concentran en los meses en que la zona de convergencia intertropical se traslada hacia el norte para ubicarse aproximadamente sobre el istmo (11). Esta diferenciación climática se refleja en la vegetación natural. Sobre la vertiente del Caribe, predominan las selvas tropicales, aunque localmente existen otras formaciones, como las sabanas con pinos en partes de Belice y la Mosquitia, las cuales se atribuyen a factores edáficos y repetidos incendios (12). Por otro lado, la vegetación natural de la vertiente del Pacífico consiste principalmente en bosques caducifolios, con algunas zonas de bosque húmedo tropical en la Boca Costa de Guatemala, en el sur de Costa Rica y en Panamá.

Las cordilleras también producen una secuencia de pisos altitudinales y complejos mosaicos de micro-climas. De acuerdo con el sistema de zonas de

vida de Holdridge, 60% de América Central pertenece al piso basal o tropical. Desde el nivel del mar hasta una elevación de aproximadamente 800 metros, la temperatura promedio anual excede 24°C. Los siguientes 1,000 metros, con temperaturas promedios anuales de 12 a 24°C. corresponden al piso premontano o subtropical, que cubre la tercera parte del istmo. En las cimas de las cordilleras, se encuentran los pisos montano bajo, montano y subalpino (13). Conforme aumenta la elevación, el bosque natural cambia a formaciones montanos y finalmente cede al páramo. Dentro de las montañas, diferencias en altura y orientación producen marcados cambios ecológicos sobre muy cortas distancias.

En diversas formas, estos contrastes entre vertientes pacífica y caribeña, tierras altas y tierras bajas, están presentes en la geografía cultural de América Central. En la época precolombina, la mayoría de las culturas mesoamericanas se desarrollaron sobre la vertiente del Pacífico y en los valles intermontanos. Sanders y Price (14) han sugerido que los climas relativamente secos y la concentración de la población en favorables nichos ecológicos, estimularon la intensificación de la producción económica, incluyendo el desarrollo de la agricultura hidráulica. Esto influía en la formación de estados y permitía el desarrollo de densas poblaciones y civilizaciones urbanas. Por el contrario, en el Area Intermedia, en el este y sur del istmo, los climas más húmedos y las amplias selvas tropicales permitieron una economía extensiva de agricultura itinerante y recolección, y favorecieron la fragmentación del asentamiento y de la organización socio-política. La principal excepción a esta correspondencia entre sistemas ecológicos y evolución cultural fué el florecimiento de la civilización clásica de los Mayas en las selvas del Petén y áreas adyacentes en Belice y Honduras. Entre las hipótesis propuestas para explicar su súbito ocaso alrededor de 900 d.C. se encuentran la competencia entre élites políticos, el derroche de recursos en edificaciones monumentales, el descontento de un pueblo explotado, la disrupción del comercio debido a disturbios en otras partes de Mesoamérica, y la presión demográfica sobre los recursos naturales (15). Lo cierto es que la civilización maya nunca se recuperó en América Central, y a la llegada de los españoles, la población del Petén era relativamente escasa.

La distinción entre lo que Helms (16) ha llamado el *heartland* (o núcleo) y la frontera en México y América Central persistió después de la conquis-

ta española, pero tanto el carácter como la extensión geográfica de ambas áreas cambiaron. Mesoamérica como zona de pueblos y culturas predominantemente indígenas se redujo al sur de México y las tierras altas del oeste de Guatemala, atravesando la actual frontera política entre ambos países (Fig.3). Densamente poblada en tiempos precolombinos, esta área carecía de recursos naturales atractivos para los españoles. Permaneció aislada y poco desarrollada. Los españoles explotaron los indios por medio de la recolección de tributos en especies y dinero. Los procesos de mestizaje y aculturación fueron lentos y las comunidades indígenas permanecen hasta hoy día marginadas de los modernos estados nacionales.

Con la excepción de las llanuras caribeñas en el extremo norte del istmo, el resto de la antigua Mesoamérica se transformó en un área de población mestiza y cultura hispanoamericana. Aquí se fundaron la mayoría de las ciudades españolas, incluyendo la capital de la Audiencia de Guatemala. A pesar de la gran destrucción de la población nativa, debido principalmente a la introducción de enfermedades del Viejo Mundo, sobrevivieron suficientes indios para el funcionamiento de la encomienda y el repartimiento; ladinos y mestizos luego proporcionaron la fuerza de trabajo para las haciendas españolas. Si bien el *heartland* colonial carecía de recursos minerales, con excepción de las minas de plata en el interior de Honduras, por lo menos contaba con fértiles suelos volcánicos y un clima cuya alternación entre estaciones secas y lluviosas era similar al de la mayor parte de España. Esta era la zona más apta para un uso de la tierra que combinara el cultivo de los granos y la ganadería, al estilo europeo, para suplir el mercado interno (17). La agricultura especializada para la exportación también se concentró sobre la vertiente pacífica: en el siglo dieciséis el cacao, cultivado en las tierras bajas de Guatemala y El Salvador; luego el añil, producido durante casi tres siglos en las mismas áreas; y finalmente, a partir del siglo XIX, el café, sembrado en el piso premontano.

La zona fronteriza semiárida al norte de Mesoamérica, conocida por los españoles como la Gran Chichimeca, se convirtió en una de las regiones claves del Imperio colonial puesto que allí se descubrieron grandes cantidades de plata. A la par de la minería, se establecieron extensas haciendas, y la población nativa, aunque primitiva y hostil, fué gradualmente asimilada por el mestizaje y la aculturación. Por el contrario, las selvas tropicales de la zona fronteriza hacia el sureste de Mesoamérica

eran poco atractivas para los españoles. La provincia de Costa Rica no se consolidó sino hasta la década de 1560, y su escasa población se confinaba casi exclusivamente en el Valle Central hasta el siglo XIX. El principal motivo español para ocupar la vertiente del Caribe era la necesidad de emplear rutas transísmicas y habilitar puertos para el comercio con la metrópoli. A pesar de su clima insalubre, el corredor entre Portobelo y la ciudad de Panamá era por mucho el más importante, debido a sus vínculos económicos con el Perú. Santo Tomás en la costa caribeña de Guatemala y Puerto Caballos y Trujillo en Honduras proporcionaron salidas para el comercio del norte de América Central.

La mayor parte de la vertiente del Caribe permaneció al margen tanto de la Audiencia de Guatemala, como luego de las repúblicas centroamericanas (18). Desde el siglo XVI hasta el XX, era un reducto de culturas minoritarias, aisladas de las principales zonas de poblamiento hispanoamericano. Ni el proselitismo de los misioneros, ni las periódicas expediciones militares, lograron reducir la escasa población nativa al dominio europeo. En el Petén y el interior de Belice, la Mosquitia de Honduras y Nicaragua, el sureste de Costa Rica y extensas áreas de Panamá, sobreviven hasta hoy comunidades indígenas que practican la recolección y la agricultura itinerante en el bosque tropical.

Durante la época colonial, la costa caribeña era blanco de repetidas incursiones inglesas. Los ingleses nunca lograron conquistar una franja interoceánica, pero sí desarrollaron el contrabando y eventualmente establecieron una colonia en Honduras Británica, hoy Belice, y un virtual protectorado en la Mosquitia de Honduras y Nicaragua. Explotaron recursos forestales, como el palo de tinta y la caoba e introdujeron *Black Caribs*, (descendientes de la población indígena de las Antillas Menores) y esclavos negros, los cuales se mezclaron con los indios centroamericanos para formar poblaciones zambas. Tanto en Honduras Británica como en la Mosquitia, se desarrollaba una cultura anglo-caribeña: predominaba el inglés sobre el castellano, y las sectas protestantes sobre el catolicismo.

Después de la independencia, los procesos de colonización agrícola y poblamiento hispanoamericano no expandieron el *heartland*, sobre todo en Costa Rica, pero siempre se concentraban en los pisos premontano y tropical de la vertiente pacífica, orientando las economías de los nuevos estados

hacia un océano muy lejano de las principales rutas marítimas del mundo. Es significativo que las repúblicas percibían a sus fachadas norte y oriental como zonas y costas atlánticas, más que caribeñas, puesto que valoraban sobre todo su potencial para la apertura de rutas más cortas hacia los mercados de Europa y el este de los Estados Unidos. A pesar de los vínculos culturales entre las Antillas y la vertiente caribeña de América Central, hubo poco comercio entre las dos regiones.

Los puertos caribeños y los ferrocarriles construidos en Costa Rica y Guatemala a finales del siglo XIX y principios del XX tuvieron como objetivo proveer una salida para el café producido en estos dos países y El Salvador. Pronto se convirtieron, sin embargo, en la infraestructura de una nueva actividad agro-exportadora que acentuó todavía más la particularidad cultural del este de América Central. Compañías norteamericanas sembraron el banano en grandes plantaciones en las llanuras caribeñas de Guatemala, Honduras, Costa Rica y Panamá. Inmigrantes negros de las Antillas Británicas constituyeron la principal fuerza laboral para la construcción de los ferrocarriles, la producción bananera y la excavación del Canal de Panamá. Con su cultura angloparlante y protestante, convirtieron a los enclaves bananeros en microcosmos caribeños, muy distintos del interior hispano de América Central.

En las últimas décadas, todas las repúblicas, en mayor o menor grado, han intentado integrar sus zonas caribeñas, mediante la construcción de caminos, la colonización agrícola hispanoamericana, y la presencia del estado en la administración pública y servicios sociales como la educación. No obstante, la población centroamericana se concentra todavía al lado pacífico del istmo (Fig.5), y por esta vertiente atraviesa la Carretera Interamericana. Las economías indígenas en las selvas tropicales solo soportan bajas densidades de población: la monocultura de las plantaciones bananeras ha experimentado alternados períodos de bonanza y depresión; la ganadería y el cultivo de granos practicados en las zonas más secas del istmo son inadecuados para áreas donde llueve casi todo el año. Una efectiva y permanente ocupación de la vertiente caribeña requerirá el desarrollo de nuevos sistemas de agricultura y silvicultura apropiados para el ambiente tropical húmedo (19).

Mientras tanto, persiste la distinción señalada por Augelli (20) entre *mainland* (o tierra firme) y *rimland* (o zona periférica), la cual a la vez diferencia a América Central de las regiones adyacentes.

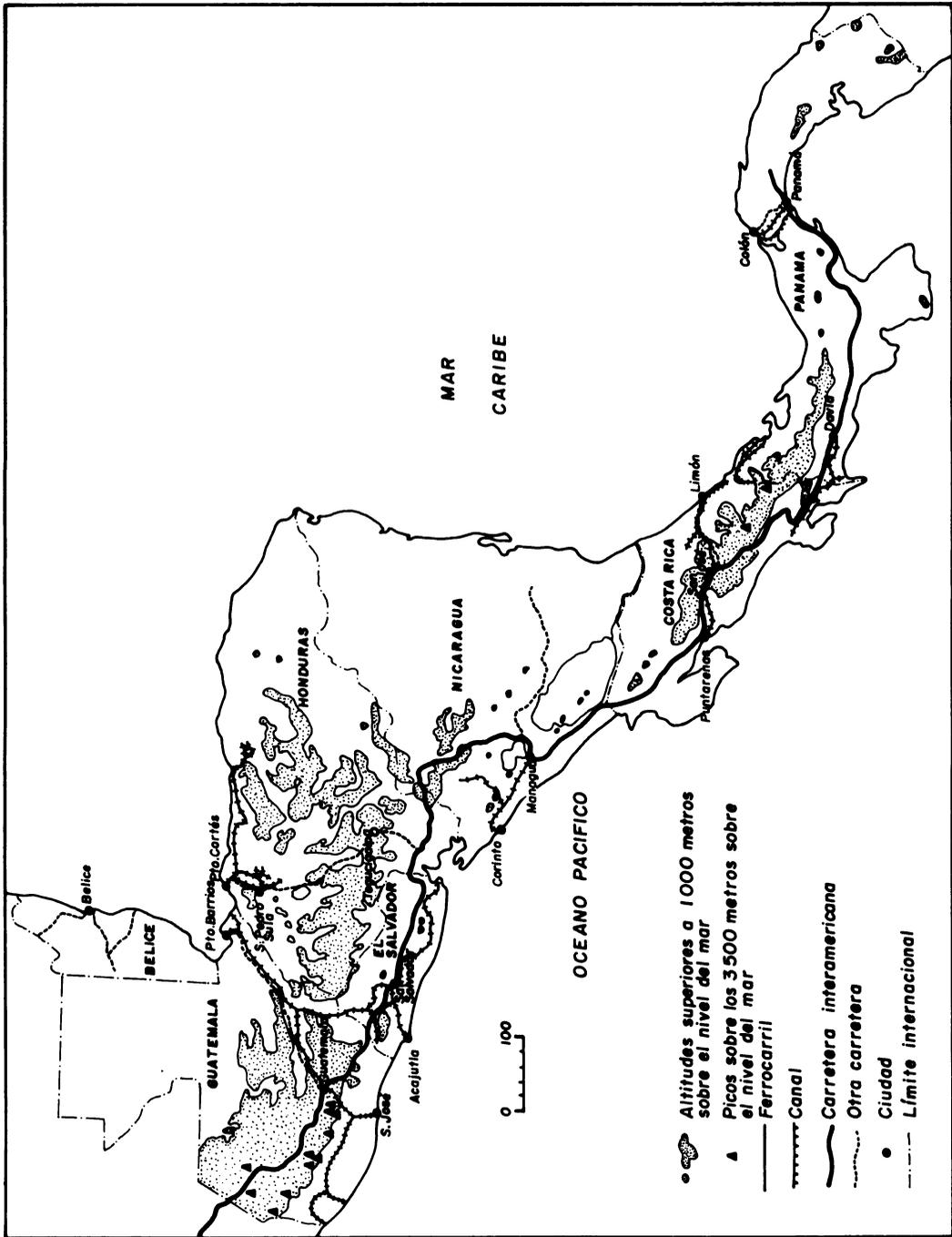


Fig. 2. Configuración superficial y principales vías de transporte

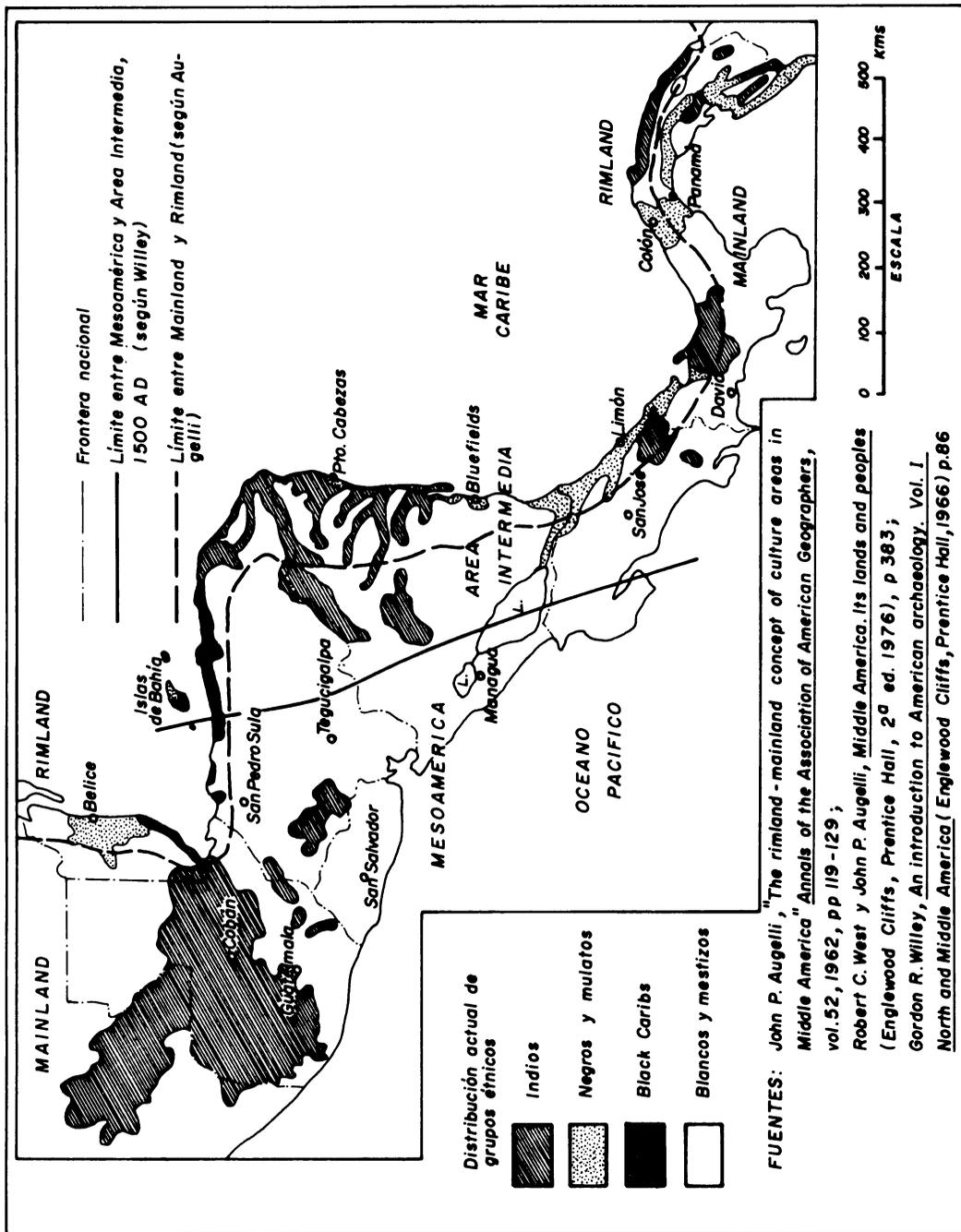


FIG. 3 América Central : areas culturales

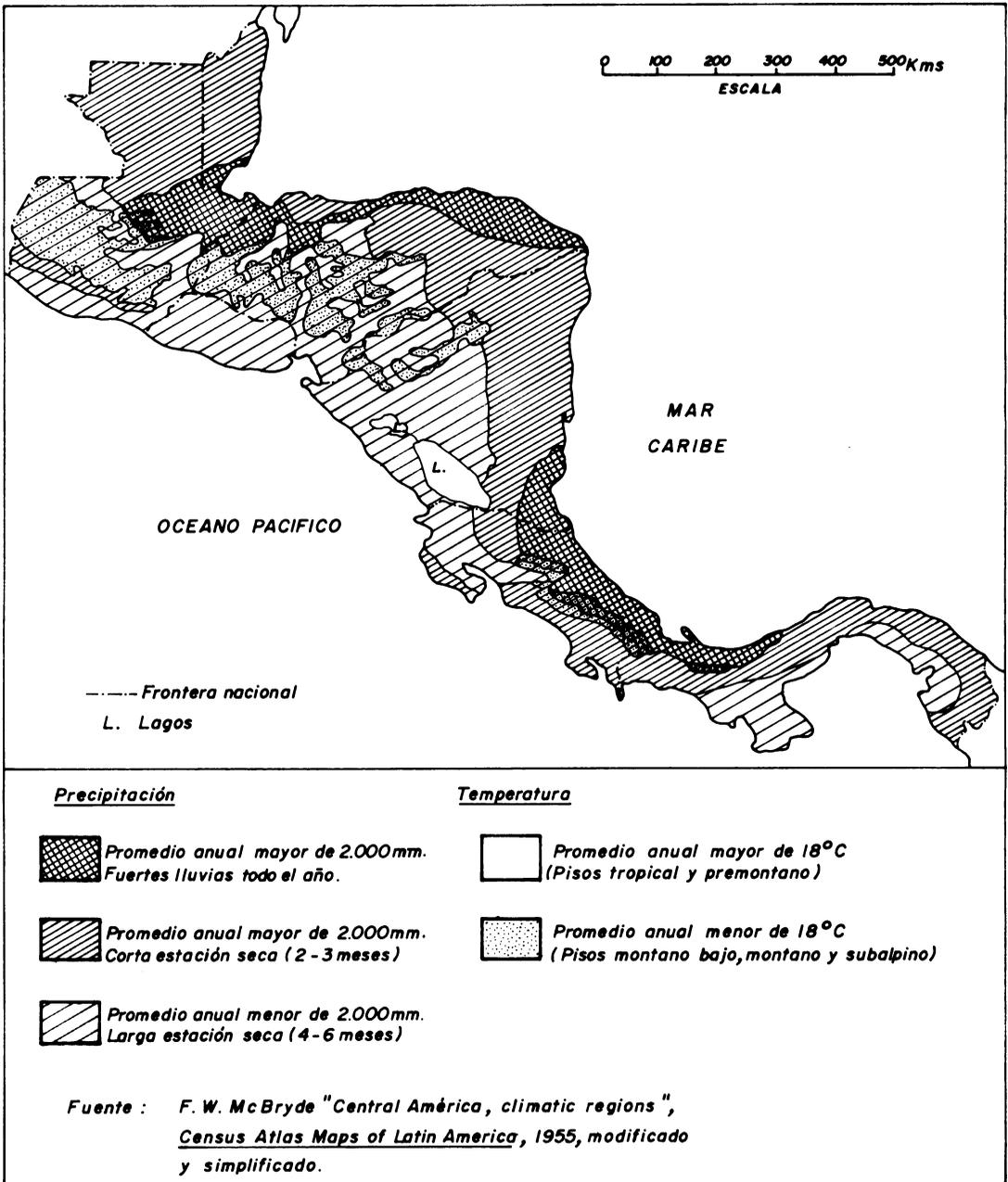


FIG. 4 América Central : Climas

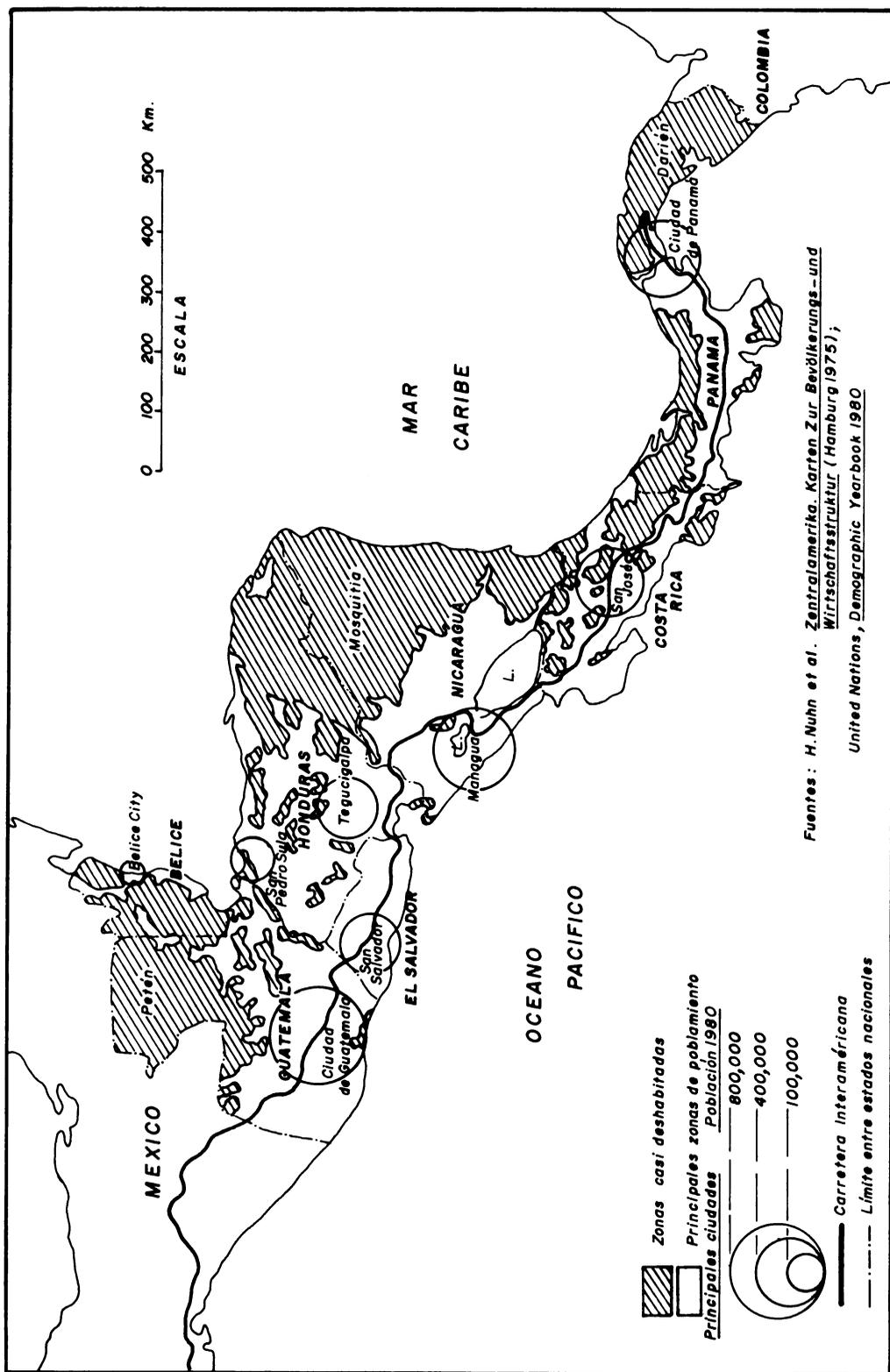


Fig. 5 América Central : Poblamiento actual

México pertenece totalmente al *mainland* de raza y cultura euro-india, las Antillas al *rimland* euro-africano. Sólo América Central y el norte de Colombia se dividen entre las dos áreas culturales. Si bien dentro de ellas, también existe diversidad étnica (21) y diferentes formas de ocupación territorial, su yuxtaposición sigue constituyendo un rasgo sobresaliente de la geografía del istmo. Queda por ver si, a largo plazo, los incipientes procesos de mestizaje y aculturación borrarán las culturas del *rimland* de América Central.

LA EVOLUCION DE UN ESPACIO FRAGMENTADO.

Dado su accidentada topografía, su posición de puente e istmo, y el contraste ecológico y cultural entre sus dos vertientes, no es de extrañar que América Central también se haya caracterizado por una persistente tendencia hacia la fragmentación espacial. Nunca ha constituido una sola unidad política, ni un integrado sistema económico o social. El historiador, Ralph Lee Woodward, ha llamado a los cinco países de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica "una nación dividida". "El concepto de un istmo unido de América Central data por lo menos desde el inicio del dominio ibérico. En efecto, la idea de una nación centroamericana podría atribuirse aún a algunos de los habitantes y conquistadores precolombinos. Mas la realidad de tal nación siempre ha eludido los pueblos del istmo" (22). En esto, América Central se asemeja a las Antillas, pero se diferencia tanto de México hacia el norte como de Colombia hacia el sur.

En la época precolombina, el istmo era un caleidoscopio de entidades socio-políticas que cambiaban frecuentemente por medio de la guerra, las alianzas y la conquista. Mesoamérica, a pesar de su densa población y avanzadas culturas, nunca estuvo unida políticamente. El expansivo estado tributario de los Aztecas, con su capital en Tenochtitlán, hoy Ciudad de México, todavía no alcanzaba América Central a principios del siglo XVI, aunque había implantado enclaves comerciales hasta la actual frontera entre Costa Rica y Panamá (23). El istmo se dividía entre numerosos estados pequeños, cacicazgos y tribus.

La geografía política precolombina no proveyó ninguna base directa para la organización político-administrativa colonial de América Central. Las exploraciones litorales emprendidas por los españoles a principios del siglo XVI se reflejaron en el repar-

timiento inicial del istmo entre provincias caribeñas y pacíficas (24), separadas a lo largo de las inexploradas cordilleras del interior por vagas fronteras que recuerdan la línea divisoria trazada por los arqueólogos entre Mesoamérica y el Area Intermedia. Mas los vaivenes del proceso conquistador, la distribución y densidad de la población indígena, y la percepción europea de la localización y recursos del istmo, condujeron eventualmente al establecimiento de una organización político-administrativa totalmente distinta. Los linderos se trazaron de mar a mar, rebanando el territorio en cinco provincias interoceánicas: Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá (Fig. 6a). Las primeras cuatro, junto con Chiapas, constituyeron la Audiencia y Capitanía General de Guatemala, fundada en 1543 dentro del Virreinato de Nueva España. De este modo, la mayor parte del istmo formaba una sola entidad político-administrativa y jurídica destinada a perdurar por casi trescientos años. Panamá, cuya ruta de tránsito servía principalmente a las colonias españolas de Sur América, se erigió en 1535 en una Audiencia aparte, adscrita primero al Virreinato del Perú y luego al de Nueva Granada, estableciéndose un cierto aislamiento del resto de América Central que persiste hasta hoy día.

La jerárquica organización político-administrativa implantada por los españoles sobre todo su vasto imperio nunca se complementó con una verdadera integración socio-económica. En cada provincia centroamericana, extensas zonas del Area Intermedia seguían formando parte del ecumene indígena, ocupado por primitivas tribus. Mucho de la vertiente caribeña se incorporó gradualmente a la esfera de influencia inglesa. Las áreas efectivamente colonizadas por los españoles se ubicaron principalmente en los valles intermontanos y sobre la vertiente pacífica, las zonas más densamente pobladas desde tiempos precolombinos, donde se fundaron las capitales provinciales y se desarrollaron las principales actividades económicas coloniales. Estos fragmentados núcleos no eran sino islas de poblamiento, separadas por espesos bosques. El transporte terrestre entre una y otra, a lomo de bestia, era lento y costoso, lo cual dificultaba el comercio dentro de América Central. En cada provincia, los primeros colonizadores constituyeron una población eminentemente urbana. Desde finales del siglo XVI, sin embargo, la disminución de la fuerza laboral indígena y la consiguiente reducción de su producción agrícola obligaron a muchos habitantes de las ciudades y villas españolas a migrar

hacia las áreas rurales. La depresión del siglo XVII reforzó la economía de subsistencia, acentuando el aislamiento de cada provincia y fomentando un incipiente separatismo (25). Ni las reformas administrativas ni el repunte comercial del siglo XVIII fueron suficientes, a la postre, para sostener la unidad centroamericana.

Lograda su independencia de España, en 1821, Panamá pasó a formar parte primero de la federación de Gran Colombia y luego de la república de Colombia. La antigua Audiencia de Guatemala se anexó al efímero imperio mexicano de Iturbide hasta 1823. Chiapas se convirtió en un estado de México el año siguiente. El resto de América Central proclamó su independencia absoluta y formó una república federal: las Provincias Unidas de Centro América. Al igual que la entidad colonial que reemplazó, la federación no logró superar las fuerzas centrífugas. Constantes hostilidades entre los estados, la autonomía de los demás frente a la pretendida hegemonía guatemalteca, la fragmentación y aislamiento físico de los núcleos de población, y los débiles vínculos económicos condujeron, a partir de 1839, a la disolución de la federación en cinco repúblicas independientes: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Repetidos intentos de restablecer la unidad política fracasaron por las mismas razones, más el creciente distanciamiento entre las repúblicas tanto en sus sistemas de gobierno como en sus niveles de desarrollo socio-económico (26). Panamá se separó de Colombia en 1903, bajo la protección de los Estados Unidos, pero al apoderarse dicha potencia de la Zona del Canal, partió en dos el territorio del nuevo país. Belice logró su independencia de Gran Bretaña en 1981 (Fig. 6.b).

Con dos excepciones, cada estado nacional de América Central ocupa una posición interoceánica, y por ende, contiene porciones de las dos vertientes. El norte del istmo se divide entre dos pares de países, ambos en cierto modo antagónicos. Guatemala, sede de las antiguas capitales centroamericanas, y una de las repúblicas más grandes, (Cuadro I) tiene una amplia fachada pacífica, donde viven la mayor parte de sus habitantes, y extensos terrenos poco poblados sobre la vertiente caribeña en el Petén. Su acceso al Mar Caribe, sin embargo, se limita a una pequeña franja donde desembocan el Río Motagua y el Lago de Izabal. Al noreste de Guatemala, se encuentra el pequeño estado de Belice, el único del istmo cuyo territorio se ubica totalmente sobre la vertiente del Caribe. Su escasa población presenta una variedad de cul-

turas típicas del *rimland* y no ha logrado convertirse todavía en una verdadera nación. Guatemala persigue una larga disputa con Gran Bretaña y Belice, alegando derechos sobre el territorio del más joven de los estados centroamericanos. En Honduras y El Salvador, los patrones se invierten. Honduras, con más de cinco veces la extensión de El Salvador, tiene una larga costa caribeña, pero su salida hacia el Pacífico se limita a una parte del Golfo de Fonseca. La población se concentra en el núcleo colonial del interior, y en los enclaves bananeros de las tierras bajas del Caribe. El Salvador, el más pequeño de todos los estados centroamericanos, es el único que se localiza enteramente sobre la vertiente pacífica. Carente de fronteras de colonización sobre la vertiente del Caribe, también es el país más densamente poblado. Las migraciones de salvadoreños en busca de tierras en el interior de Honduras han sido por muchos años causa de fricciones entre ambos países. En el sur del istmo, cada estado ocupa un territorio interoceánico, con amplias costas sobre ambos mares. Nicaragua, el país más extenso de América Central, mantiene una fuerte orientación hacia el Pacífico; todavía no ha integrado plenamente la Mosquitia sobre la vertiente del Caribe. En Costa Rica, el antiguo núcleo colonial se ha expandido para formar un eje interoceánico entre Puntarenas y Limón, pero las zonas fronterizas con Nicaragua y Panamá permanecen escasamente pobladas. La influencia del estado panameño se limita, en la práctica, al centro y oeste del país, donde vive la mayor parte de la población; la península del Darién, ocupado por comunidades indígenas, permanece totalmente aislada.

El auge de las economías de exportación a partir de la segunda mitad del siglo XIX acentuó la fragmentación política del espacio centroamericano (Fig.7). Más de una docena de áreas, esparcidas por todo el istmo, se han dedicado a la agricultura especializada comercial. Las zonas cafetaleras se consolidaron en el piso premontano sobre la vertiente pacífica, cerca de las capitales de Costa Rica, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. En cambio, el cultivo del banano en los enclaves litorales ha sido notoriamente inestable, oscilando entre las tierras bajas del Caribe y Pacífico, y dejando una serie de 'fronteras vacías'. Las estructuras agrarias variaban de un área a otra. En los enclaves bananeros, siempre predominaron las grandes plantaciones. Las tierras cafetaleras se concentraron en grandes haciendas en Guatemala y El Salvador, mientras en Costa Rica y el norte de Nicaragua, tam-

bién habían fincas medianas y campesinas (27). Hubo, además, significativos desfases temporales en el establecimiento de las actividades de exportación. Costa Rica fue pionera en la industria cafetalera en la década de 1840 y de la bananera a finales del siglo XIX. Guatemala, El Salvador y en menor escala Nicaragua establecieron la producción cafetalera en las décadas de 1860-80. Honduras y Panamá solo se convirtieron en agro-exportadores con la siembra del banano a finales del siglo XIX y principios del XX.

No obstante estas diferencias, en cada caso, las actividades agro-exportadoras implicaron un desarrollo hacia afuera, y el establecimiento de fuertes

vínculos comerciales y financieros con Europa y los Estados Unidos. Los países centroamericanos se convirtieron en competidores económicos. El comercio intra-regional era insignificante y el espacio centroamericano se disgregó. Cada área que producía para la exportación tenía su salida por ferrocarril o carretera hacia los puertos litorales. En estas zonas, se concentraban la fuerza laboral y la infraestructura socio-económica. Las demás regiones de poblamiento hispanoamericano, ocupados principalmente por haciendas ganaderas y fincas campesinas dedicadas a la agricultura de subsistencia, constituían periferias pobremente articuladas a las economías nacionales.

CUADRO I.

ESTADOS DE AMERICA CENTRAL: AREA Y POBLACION

	Area, Kms ²	Población 1980 '000s	densidad de población, personas por km ²
Belice	22,965	162	7
Costa Rica	50,700	2,245	44
El Salvador	21,041	4,748	226
Guatemala	108,889	7,262	67
Honduras	112,088	3,691	33
Nicaragua	130,000	2,733	21
Panamá	77,082	3,675	24
América Central	522,765	24,516	47

FUENTE: United Nations, *Statistical Yearbook*, 1981.

Las repúblicas centroamericanas han enfrentado problemas típicos de pequeños países subdesarrollados. A pesar de su considerable diversidad ecológica, cada uno ha dependido durante muchas décadas de la exportación de uno o dos productos primarios, exponiéndose a crisis ecológicas y económicas. Los mercados individuales de cada país eran demasiado pequeños para sostener un proceso de industrialización. En gran medida por esta razón, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica se unieron a principios de la década de 1960 para formar el Mercado Común Centroamericano. Dentro de este marco, se llevó a cabo una industrialización para sustituir importaciones de bienes de consumo y algunos bienes intermedios, pero no se logró el pretendido desarrollo integrado

de una industria pesada. El intercambio dentro del Mercado, facilitado por la construcción de la Carretera Interamericana, llegó a constituir alrededor de la cuarta parte de las importaciones y exportaciones de los cinco miembros. En 1970, Honduras restableció tarifas sobre las importaciones de los demás países; desde ese entonces, comercia por medio de acuerdos bilaterales. Panamá, cuya economía sigue orientada hacia el tránsito canalero, nunca ha pertenecido al Mercado Común. Belice es miembro del *Commonwealth* británico y del Mercado Común del Caribe, CARICOM. No obstante, en los últimos años, tanto Panamá como Belice se han acercado al resto del istmo, fomentando mayores vínculos económicos y culturales.

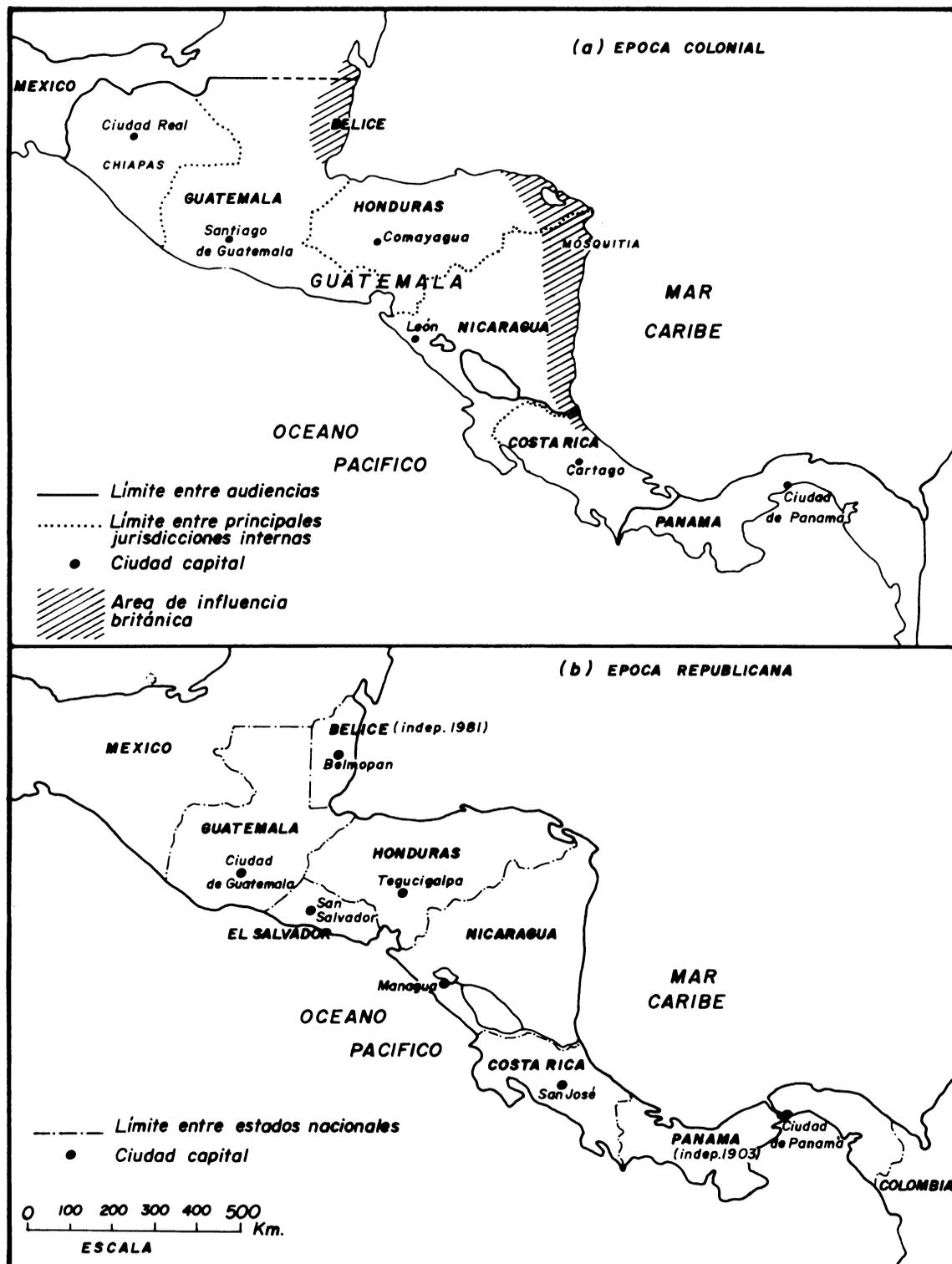


Fig. 6 América Central : organización político-administrativa.

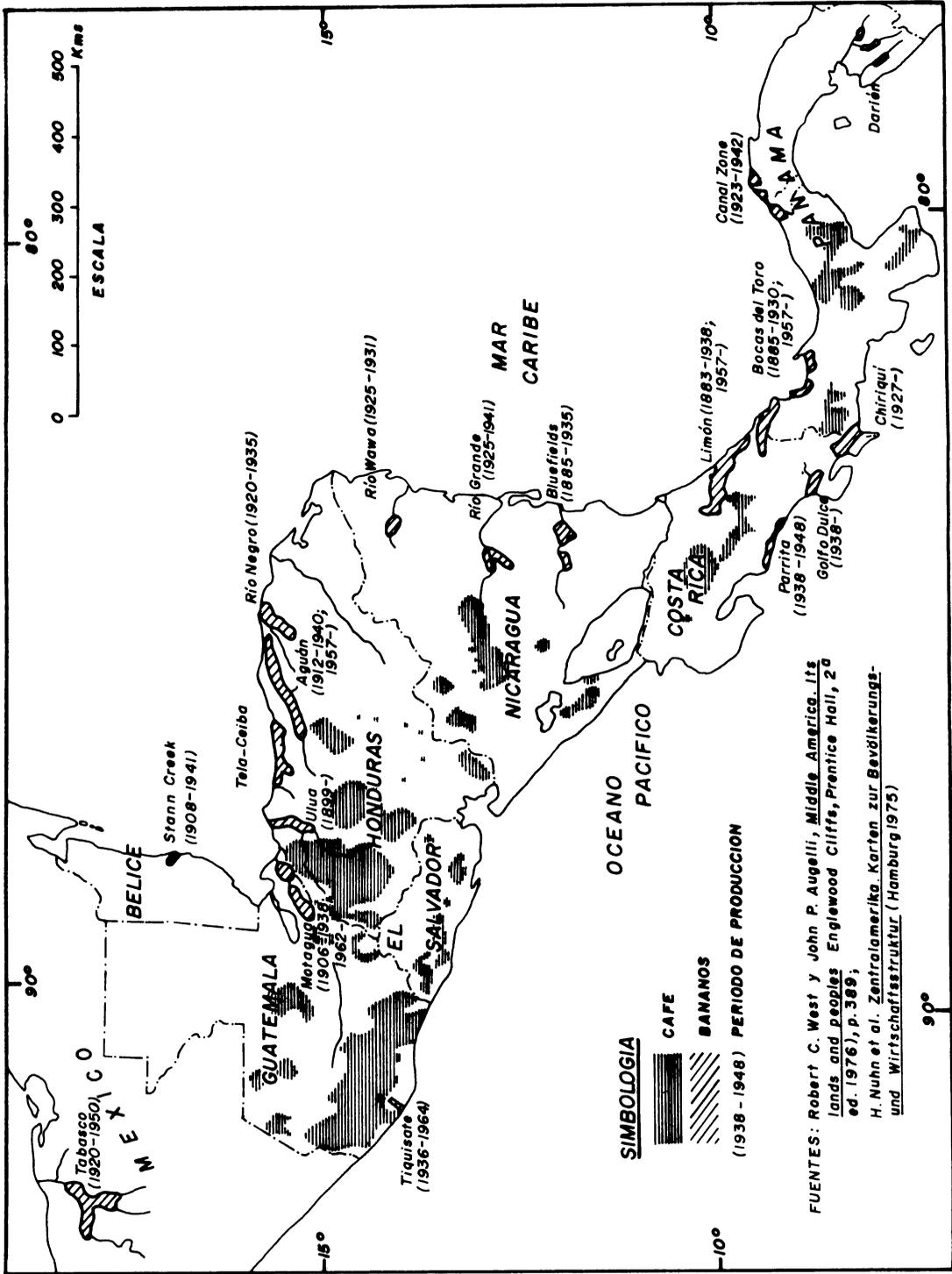


Fig. 7. Areas de producción cafetalera y bananera.

RAICES DE LA CRISIS ACTUAL.

América Central atraviesa actualmente una crisis sin precedentes, la cual reviste dimensiones socio-económicas, políticas y militares. Otrora una de las regiones más olvidadas de América Latina, es hoy la más agitada de todo el continente.

Durante la depresión de la década de 1930, última gran crisis económica que golpeó la región, América Central todavía era eminentemente rural y agrícola. Su población crecía lentamente. En las últimas décadas, América Central, al igual que la mayor parte del tercer mundo, ha experimentado una violenta explosión demográfica. De 7 millones en 1940, su población se triplicó para alcanzar 22 millones en 1980. Las tasas de crecimiento superaron 3% al año. Hasta el momento, solo Costa Rica y Panamá han logrado reducir significativamente el aumento poblacional.

A pesar de la explosión demográfica, solo El Salvador, con un promedio de 230 habitantes por kilómetro cuadrado, es un país densamente poblado, talvez deba decirse sobrepoblado en relación con su economía actual. El resto de la región se caracteriza por altas densidades en los principales núcleos de poblamiento de cada país, y bajas densidades en extensas zonas periféricas, especialmente sobre la vertiente del Caribe. Todavía existen fronteras de colonización agrícola, además de muchas otras áreas donde el uso del suelo podría intensificarse.

Las áreas rurales, sin embargo, no pudieron absorber el rápido aumento demográfico. Por un lado, la tenencia de la tierra en todos los países era concentrada en manos de una pequeña proporción de la población rural; la mayoría de los que trabajaban en el sector agrícola o carecían de tierras propias, o eran dueños solamente de minifundios subfamiliares. Por otro lado, el uso extensivo de la tierra en vastas áreas reducía la demanda de mano de obra. En este sentido, la enorme expansión de la ganadería a partir de la década de 1950 ha sido particularmente nociva; también ha creado graves problemas ecológicos al extenderse hacia los cerros y las montañas, causando una fuerte erosión de los suelos. La ausencia de profundos cambios estructurales en las áreas rurales ha imposibilitado la autosuficiencia en alimentos básicos, limitado el mercado interno para la producción industrial, y fomentado el descontento social.

La combinación de altas tasas de crecimiento demográfico con una estructura desigual de tenencia de la tierra, y un uso ineficiente del suelo, de-

sencadenó una fuerte emigración desde las áreas rurales. Algunos emigrantes se trasladaron hacia las fronteras de colonización, acelerando su agotamiento. La mayoría, sin embargo, se dirigieron hacia las ciudades, provocando un proceso de rápida urbanización. Si bien los pequeños países del istmo no contienen áreas metropolitanas de un tamaño similar a las de los países grandes de América Latina, las tasas de crecimiento han sido comparables, y las ciudades centroamericanas enfrentan en pequeña escala los mismos problemas de subempleo, tugurios, contaminación ambiental e insuficiencia de los servicios e infraestructura urbana. La población urbana de cada país se concentra en una ciudad principal (generalmente la capital), excepto en Honduras, donde Tegucigalpa y San Pedro Sula conforman una primacía dual (Fig.5).

A partir de la segunda guerra mundial, y durante casi treinta años, América Central logró un sostenido crecimiento económico, el cual apaciguaba los efectos de las explosiones demográfica y urbana. La década de 1950 se caracterizó por los altos precios de los productos primarios. Varios países lograron una cierta diversificación de sus exportaciones, añadiendo el algodón, la carne de res y el azúcar al tradicional café y banano. Al nuevo auge de las economías de exportación primaria, se sumó la industrialización dentro del Mercado Común. Durante la década de 1960 y principios de 1970, las tasas de crecimiento económico fueron superiores al 5% anual, excediendo las tasas de crecimiento demográfico.

En todos los países, hubo una impresionante modernización de la infraestructura socio-económica. Las redes de caminos se extendieron. Plantas hidroeléctricas proveyeron energía para las nuevas fábricas y el consumo doméstico. Se construyeron escuelas y colegios, clínicas y hospitales. La renovación urbana transformó el paisaje de las principales ciudades, reemplazando viejas construcciones de adobe y madera por modernos edificios. La prosperidad fue acompañada, sin embargo, de crecientes desigualdades sociales (28). La mayor parte de la población siguió viviendo en la pobreza, aunque crecieron sus esperanzas en alcanzar mejores niveles de vida. También persistieron fuertes desigualdades regionales, reforzadas por las migraciones de población hacia las grandes ciudades. En cada país, la riqueza y el bienestar social se concentraron en las regiones centrales, donde se ubican las áreas metropolitanas, mientras extensas regiones periféricas permanecían poco desarrolladas. A estos problemas sociales, se sumó en todos los

países, salvo Costa Rica, la ausencia de una consolidada democracia política.

A partir de 1973, América Central comenzó a sufrir los efectos de la recesión económica mundial. Aumentaron los precios de las importaciones, especialmente el petróleo, mientras se estancaron o cayeron los ingresos derivados de las exportaciones. Enfrentadas a un creciente déficit comercial, las repúblicas se endeudaron cada vez más. Menguaron las tasas de crecimiento económico hasta registrar valores negativos a principios de la década de 1980. Conforme aumentaba la inflación y proseguían las devaluaciones, disminuyeron los ingresos reales de casi todos los sectores sociales.

El agravamiento de los problemas socio-económicos más la continuada represión política encendió la chispa de la insurrección armada. Guatemala había experimentado desde la década de 1960 esporádicas actividades de grupos guerrilleros de izquierda, seguidas por la contrainsurgencia gubernamental. La guerra civil de Nicaragua en 1978-9 puso fin a más de cuarenta años de la dictadura somocista e instaló un gobierno de tendencia socialista jefado por el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Este, a su vez, ha sido acosado desde 1981 por contrarrevolucionarios, incluyendo indios miskitos, sumos y ramas, quienes resisten el intento sandinista de integrar la Mosquitia al estado nacional. La guerra civil estalló en El Salvador en 1980 y continúa hasta la fecha, involucrando guerrilleros de izquierda, fuerzas gubernamentales y grupos paramilitares de derecha.

En un espacio políticamente fragmentado por más de 150 años, las dimensiones de la crisis varían, por supuesto, de un país a otro. Los tres países más afectados por la lucha armada son también los que más han sufrido la represión política. En el caso de El Salvador, los problemas de presión demográfica sobre la tierra son también particularmente agudos. Por otro lado, en Costa Rica, el único país con una larga tradición de gobiernos democráticos y reformas sociales, la crisis es principalmente económica.

No obstante, la crisis también es un fenómeno centroamericano, que directa e indirectamente involucra a todos los países en problemas que rebasan las fronteras nacionales. El Mercado Común ha enfrentado graves problemas que en varias ocasiones han amenazado con destruirlo. El proceso de industrialización para sustituir las importaciones se encuentra agotado; los países centroamericanos buscan nuevos modelos de desarrollo socio-económico, orientados una vez más hacia la ex-

portación a mercados fuera del área. La secuencia de conflictos bélicos ha provocado interrupciones en el transporte y comercio regionales. Desde Nicaragua y El Salvador, escenarios de la lucha armada, miles de refugiados han emigrado hacia Honduras, Belice, Costa Rica y Panamá, creando serios problemas de subsistencia, salud y empleo en estos países. Alegatos sobre grupos subversivos que operan desde un país para atacar a otro han empeorado las relaciones diplomáticas entre las repúblicas.

La intromisión de potencias extranjeras en la crisis actual no es sino la última de una larga serie de amenazas e intervenciones que han sufrido los países centroamericanos desde el siglo XVI. Al igual que para España en la época colonial, para los Estados Unidos hoy, la producción económica de América Central no es de gran importancia. Desde el punto de vista geopolítico y comercial, sin embargo, el istmo es una pieza clave en la zona alrededor del Mediterráneo americano, formado por el Golfo de México y el Mar Caribe, por medio del cual pasa más de la mitad del comercio internacional de los Estados Unidos y mucho tráfico militar de este país. Por esta razón, el apoyo cubano y soviético a los revolucionarios centroamericanos es interpretado por los Estados Unidos como una amenaza a su seguridad nacional. Según el informe de la Comisión Kissinger, "la crisis en la América Central constituye una inmensa y aguda preocupación para los Estados Unidos de América porque Centroamérica es nuestra vecina y es un cruce estratégico de significación global; debido a que Cuba y la Unión Soviética invierten masivamente en esfuerzos para extender su influencia allí y así llevar a cabo planes para el hemisferio particularmente hostiles a los intereses de los Estados Unidos; y porque el pueblo centroamericano se encuentra acosado y en urgente necesidad de nuestra ayuda" (29). Ante este conflicto de intereses entre Este y Oeste, América Central está expuesta a confrontaciones aun mayores de las que ha padecido durante los últimos años.

CONCLUSION: HACIA UNA GEOGRAFIA CENTROAMERICANA.

La crisis que ha enfocado los ojos del mundo sobre América Central también ha subrayado el poco desarrollo de la geografía centroamericana. Varios extranjeros han estudiado el istmo como parte de una región más amplia, denominada América Media. Sobre su extensión, no existe consenso

alguno. En sendas interpretaciones de su historia y prehistoria cultural, Sauer (30) definió América Media como América Central y las Antillas, mientras Helms (31) incluye México y América Central. Los conocidos textos sobre la geografía regional de América Media de West y Augelli (32) y Lasserre (33) versan sobre las Antillas, México y América Central. En un reciente análisis geopolítico, Sandner (34) muestra como América Central ha pertenecido desde el siglo XVI a una serie de diferentes regiones caribeñas, definidas de acuerdo con los cambiantes intereses de potencias extranjeras. Es significativo, sin embargo, que todos estos autores incluyen a América Central, la base de cualquier conceptualización de América Media. Como puente entre las dos Américas grandes, se vincula desde tiempos precolombinos con México hacia el norte y los países andinos hacia el sur; al igual que ellos forma parte de la América hispana y mestiza. A la vez, como istmo entre dos océanos, América Central comparte con las Antillas una posición estratégica, y una subdivisión en estados pequeños, con los consiguientes problemas de desarrollo socio-económico.

En cambio, la mayoría de los geógrafos que laboran dentro de América Central han sido renuentes a salir de las fronteras nacionales. Sus trabajos conciernen principalmente países individuales, perspectiva que no es sino un reflejo más de la fragmentación de la región. Desde luego, la realización de este tipo de estudios constituye una tarea imprescindible, y falta todavía una enorme cantidad de investigación básica para conocer a fondo la geografía de cada país.

Entre la macro-escala de América Media y la micro-escala de los países individuales, la escala intermedia de América Central ha sido descuidada. ¿Cómo definir y delimitar América Central? Hay una región geológica y geomorfológica que se extiende desde el istmo de Tehuantepec en el sur de México hasta el valle del Atrato en el noroeste de Colombia (35). Por otro lado, para muchos historiadores, Centro América se limita a Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala (36) añadiéndose a veces, para estudios de la época colonial, el estado mexicano de Chiapas, que pertenecía a la Audiencia de Guatemala (37). Panamá, debido a sus vínculos con Sur América, y Belice, por su orientación antillana, se excluyen frecuentemente de esta región histórica (38). Mas entre la región geológica y la región histórica hay una región geográfica donde se combina el contrapunto entre puente e istmo con la antítesis ecológica y

cultural de las vertientes pacífica y caribeña. Además de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, incluye a Belice y Panamá, que no son sino casos extremos de la diversidad y fragmentación típicas de América Central, pero excluye aquellas partes del istmo geológico que pertenecen a los estados grandes de México y Colombia. Esta es la América Central analizada por Sorre, West y Augelli, y Lasserre en obras que también incluyen otras regiones de América Media (39).

Quedan por realizarse geografías dedicadas por entero a América Central. ¿Cómo construirlas para tomar en cuenta tanto la variedad como la individualidad de esta región? La solución tradicional ha sido el análisis país por país (40). Hace más de medio siglo, sin embargo, Sorre señaló un camino alternativo, retomado recientemente por West y Augelli, y por Sandner, Nuhn y otros geógrafos alemanes (41): el estudio temático y comparativo que trasciende las fronteras políticas de los pequeños estados nacionales para buscar diferencias y similitudes tanto dentro como entre los siete países. En un contexto más amplio, el método comparativo permite además contrastar América Central con otras regiones. Tal análisis de la particularidad geográfica centroamericana, resultado de largos procesos históricos, enriquecerá los estudios a otras escalas y profundizará nuestra comprensión de la crisis actual.

NOTAS

1. Gabriel Deno, *Estructura geológica, historia tectónica y morfología de América Central* (México, Agencia para el Desarrollo Internacional 1968); P.H. Raven y D.I. Axelrod, "History of the flora and fauna of Latin America", *American Scientist*, vol. 63, 1975, pp. 420-429.
2. Carl Ortwin Sauer, "Middle America as culture historical location", *Actas del 33 Congreso Internacional de Americanistas*, vol. I, 1959, pp. 115-122, (San José, Lehmann); cita de la página 122.
3. Raven y Axelrod, *Op. Cit.*; P.V. Rich y T.H. Rich, "The Central American dispersal route: biotic history and paleogeography" pp. 12-34 en Daniel H. Janzen ed., *Costa Rican natural history* (Chicago, The University of Chicago Press, 1983).
4. Gordon R. Willey, *An introduction to American archaeology. Vol. I North and Middle America* (Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1966) pp. 29-37.
5. Cf. Doris Stone, *Pre-columbian man finds Central America. The archaeological bridge*, (Cambridge Mass., Peabody Museum Press, 1972).
6. Murdo J. Macleod, *Spanish Central America. A socioeconomic history 1520-1720*, (Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1973), pp. 159-170.
7. Cf. David I. Folkman *La ruta de Nicaragua*, (Managua, Banco de América, 1976).

8. Cf. David McCullough *The path between the seas: the creation of the Panama Canal, 1870-1914* (New York, Simon and Schuster, 1977).
9. Ira Rubinoff "Central American sea level canal: possible biological effects" pp. 493-501 en Thomas R. Detwyler ed. *Man's impact on environment* (New York, McGraw-Hill, 1971).
10. Max. Sorre *Mexique, Amérique Centrale*, (Paris, Armand Colin, 1928); cita de las páginas 86-87.
11. W.H. Portig "Central American rainfall", *Geographical Review*, vol.55, 1965, pp.68-90.
12. James J. Parsons "The Miskito pine savanna of Nicaragua and Honduras" *Annals of the Association of American Geographers*, vol.45, 1955, p.36-63.
13. Gerardo Budowski, "The choice and classification of natural habitats in need of preservation in Central America" *Turrialba*, vol.15, 1965, pp. 238-246. Las cifras citadas se refieren a América Central excluyendo Belice.
14. W.T. Sanders y B.J. Price, *Mesoamerica: the evolution of a civilization* (New York, Random House, 1968).
15. Cf. Patrick T. Culbert ed. *The classic Maya collapse*, (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973).
16. Mary W. Helms, *Middle America. A culture history of heartland and frontier*, (Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1975).
17. Joseph A. Tosi y Robert Voertman "Environmental factors in economic development of the tropics", *Economic Geography*, vol.40, 1964, pp.189-205.
18. Cf. Gerhard Sandner, "La costa atlántica de Nicaragua, Costa Rica y Panamá: su conquista y colonización desde principios de la época colonial" *Informe Semestral*, (Instituto Geográfico de Costa Rica) 1964, vol.I, pp.83-137.
19. Tosi y Voertman, *Op.Cit.*
20. John P. Augelli, "The rimland-mainland concept of culture areas in Middle America" *Annals of the Association of American Geographers*, vol.52, 1962, pp.119-129.
21. Cf. David R.W. Jones, "The Caribbean coast of Central America: a case of multiple fragmentation" *Professional Geographer*, vol.22, 1970, pp.260-266.
22. Ralph Lee Woodward, *Central America. A nation divided*, (New York, Oxford University Press, 1976); cita de la página 1.
23. Stone, *Op. Cit.* pp.196-8.
24. Luis Fernando Sibaja, *Nuestro límite con Nicaragua*, (San José, Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, 1974), p.63.
25. Ciro F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930)*, (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1977) pp.72-3.
26. Cf. Thomas L. Karnes, *Los fracasos de la unión*, (San José, Instituto Centroamericano de Administración Pública, 1981).
27. Cf. Ciro F.S. Cardoso "Historia económica del café en Centroamérica (Siglo XIX): estudio comparativo" *Estudios Sociales Centroamericanos*, No.10, 1975, pp. 9-55.
28. Cf. Héctor Pérez Brignoli y Yolanda Baires Martínez "Growth and crisis in the Central American economies, 1950-1980" *Journal of Latin American Studies*, vol.15, 1983, pp.365-398; Héctor Pérez Brignoli y Yolanda Baires Martínez, "Protesta social y conciencia de clase. Ensayo interpretativo sobre la historia social de Centroamérica, 1945-1983" *Anuario de Estudios Centroamericanos*, vol.9, 1983, pp.5-15.
29. Henry Kissinger et al. "Informe de la Comisión Kissinger para Centroamérica", *La Nación*, 13 de enero de 1984; cita de la página 8D.
30. Sauer, *Op. Cit.*
31. Helms, *Op. Cit.*
32. Robert C. West y John P. Augelli, *Middle America. Its lands and peoples*, (Englewood Cliffs, Prentice Hall, 2a. ed. 1976).
33. Guy Lasserfe, *América Media*, Barcelona, Ariel (1976)
34. Gerhard Sandner, "Estructuración espacio-político-geográfica y la geopolítica en la región Caribe", *Revista Geográfica de América Central*, nos. 13-14, 1980-81, pp.41-66.
35. Dengo, *Op. Cit.*, p.7.
36. Por ejemplo Woodward, *Op. Cit.*; Ciro F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Op. Cit.*; Héctor Pérez Brignoli, *América Central: da colônia à crise atual*, (Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1983).
37. Por ejemplo Miles L. Wortman, *Government and society in Central America, 1680-1840*, (New York, Columbia University Press, 1982).
38. Sin embargo, Macleod, *Op. Cit.* incluye Panamá.
39. Sorre, *Op. Cit.*; West y Augelli, *Op.Cit.*; Lasserre, *Op.Cit.*
40. Por ejemplo Sorre, *Op. Cit.* capítulos VI, VII y VIII; Lasserre, *Op.Cit.* capítulo V; West y Augelli, *Op. Cit.* Capítulos 14 y 15.
41. Sorre, *Op. Cit.* capítulo V; West y Augelli, *Op. Cit.* capítulo 13; Sandner, *Op. Cit.* 1964; Gerhard Sandner, *Die Hauptstädte Zentralamerikas* (Heidelberg, Quelle und Meyer, 1969); Helmut Nuhn et al. *Zentralamerika. Karten zur Bevölkerungs und Wirtschaftsstruktur*, (Hamburg, 1975).